

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

ABEL

por Antoni Mendoza i Miralles

4

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2002

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

c-electrónico: amm.ecb@teleline.es

Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

«Por la fe Abel ofreció a Dios mayor sacrificio que Caín, por la cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio a sus presentes; y difunto, aún habla por ella» (Hebreos 11:4).

Abel es el primer personaje que se nos presenta como ejemplo en el capítulo once de Hebreos, el primero de una larga estirpe de hombres i mujeres que Dios quiere que consideremos de una manera especial para nuestros provecho espiritual.

La consideración del personaje

Su nombre era Abel, y dicho nombre lo identifica claramente, puesto que a nadie más se le llama así en toda la Biblia. “Abel” quiere decir vapor, y ciertamente pasó por la páginas de la Biblia como el vapor, que rápidamente se desvanece.

Conocemos bien a sus padres, se llamaban Adán y Eva, los cuales son también los padres de toda la raza humana, a los que Dios creó cuando hizo los cielos y la tierra. Fue el segundo hijo de una extensa familia, de la que Caín era el primogénito. Creemos que era soltero, que no llegó a casarse, pues en ningún lugar se nos habla de sus hijos ni de su esposa, por eso Eva llamó a su tercer hijo Set, y consideró que venía a ocupar el lugar de Abel, de parte de Dios.

Trabajaba como pastor de ovejas. La palabra incluye tanto al ganado ovejuno como caprino.

También conocemos algunas características identificativas de su vida espiritual, además de lo que se dice en el capítulo once de Hebreos. Reconocía a Jehová como su Dios, y a él le llevaba sus ofrendas de manera voluntaria. Jesús lo describió como un hombre justo, como un hombre que vivió en obediencia a la voluntad Divina (Mt 23:35). También lo identifica como “profeta”, aún más, lo presenta como el primer profeta del Antiguo Testamento que derramó su sangre en el ministerio, así como presenta a Zacarías como el último.

La consideración de los hechos en el libro de Génesis

La descripción de su vida queda limitada a unos pocos versículos de la Biblia, en el capítulo cuarto del libro del libro de Génesis; y gira en torno a unos presentes que su hermano y él trajeron a Dios.

Parece que no era la primera vez que lo hacían. Sus padres les contarían la historia de la creación, así como todo lo que sucedió en el jardín del Edén. Aprendieron de ellos a servir a Dios, y reconocer la soberanía de Dios en sus vidas mediante los presentes y sacrificios.

La palabra que se usa para describir el acto que llevaron a cabo, ofrendas, es la misma que más tarde, cuando Dios dio la Ley, sirvió para identificar las ofrendas que no eran de sangre.

El primero que trajo una ofrenda a Dios fue Caín. El labraba la tierra, era agricultor, y del fruto de su trabajo trajo una ofrenda de reconocimiento a Jehová. Le trajo una parte, para testificar que reconocía que todo pertenecía a Dios. Abel también actuó igual, como era pastor de ovejas, trajo como ofrenda de los primogénitos de sus ovejas, de su grosura, en reconocimiento de que todo lo que tenía le pertenecía a Dios.

De entrada parece que había una diferencia en la forma, entre los dos sacrificios. Mientras que Caín trajo un sacrificio “de fruto de la tierra”, sin más, Abel trajo el suyo “de los primogénitos”, “de su grosura”. Más adelante consideraremos mas detalladamente éste hecho; ahora, lo que queremos destacar es que la reacción de Dios primero tiene en cuenta a la persona, con sus motivos e intenciones, i después el hecho externo. Así lo declara el relato de Génesis, cuando dice que Jehová “miró con agrado a Abel y a su ofrenda”, pero que “no miró propicio a Caín y a la ofrenda suya”.

Dios siempre mira en primer lugar a la persona, y en ella la disposición de su corazón. Dios conocer el corazón de los hombres (Lc 16:15), y es de dentro del corazón de donde sale todo aquello que contamina al hombre (Mr 7:21-23). Dios miró e hizo un juicio valorativo de las personas y de sus ofrendas. Génesis nos dice que la valoración fue de agrado y de desagrado, y ello hace referencia tanto a la persona como a su ofrenda.

La reacción de Caín a la respuesta de Dios por su ofrenda fue de gran irritación y decaimiento; ¿se sintió ofendido?, ¿menospreciado? No sirvió de nada la reflexión que Dios le hizo, no quiso escuchar a Dios y examinar su corazón; el lugar de ello hizo culpable a su hermano pequeño de todos sus males, y permitió que su irritación se transformase en odio, y el odio en instinto asesino.

Abel acabó su vida de manera violenta, fue la primera persona en morir asesinada de la historia, es más, éste primer asesinato fue un fratricidio, que hace al pecado más pecaminoso.

Como actuó la fe en su ofrenda

La Epístola a los Hebreos nos da ciertas indicaciones para entender mejor la actuación de Abel, especialmente.

Antes hemos dicho que volveríamos a hablar sobre el aspecto externo de las ofrendas de Caín y de Abel, y ahora es el momento. Pablo dice que “Abel ofreció a Dios mayor sacrificio que Caín”, y esta afirmación nos ha de iluminar los hechos que se describen en el libro de Génesis.

Los intérpretes reverentes de las Escrituras están divididos en relación a la interpretación de la reacción de Dios: si fue debida a que una era una ofrenda vegetal y la otra animal, o a que una era de lo común y la otra de lo mejor. Personalmente, sin desmerecer

la primera ni negarla, creo que la segunda es la interpretación más natural en éste contexto. Génesis dice que la valoración fue de agrado y de desagrado, pues aunque nuestra traducción usa palabras diferentes para recoger la reacción de Dios, en hebreos la única diferencia es que cuando habla de Caín y su ofrenda se introduce la partícula de negación: “miró con agrado” y “miró sin agrado, con desagrado”; o miró propicio” y “no miró propicio”. La valoración se refiere tanto a la persona como a la ofrenda. Hebreos nos dice que la valoración fue de la calidad, una era de más calidad que la otra, fue “mayor”: Abel ofreció a Dios mayor sacrificio que Caín”. Nuevamente los dos actos reciben el mismo nombre, aunque uno es un sacrificio cruento y el otro incruento, pero no estaba en eso la diferencia.

De ello extraemos una importante enseñanza para nosotros, los creyentes, y es que hemos de preocuparnos por lo mejor, por lo más excelente, en lugar de conformarnos con lo que es “correcto”. Dios no pide de nosotros ni de nuestras ofrendas lo que es “correcto”, pide “lo mejor”, y lo que sea de menor calidad no puede esperar de parte de Dios otra cosas que las palabras que recibió Caín: “No miró propicio a Caín y a la ofrenda suya”.

El sacrificio de Abel estaba en correspondencia con su corazón, Hebreos dice que lo ofreció por la fe, o sea, creyendo en Dios y a su Palabra, confiando completamente en Dios y en su Palabra; de esta manera Abel se pudo presentar delante de Dios con su ofrenda, y recibió, él y su ofrenda, la aprobación Divina y la calificación de «lo mejor». La fe produce un corazón y una conciencia limpia. La fe lleva a una entrega incondicional a Dios, sin reservas. La fe expresa estas realidades interiores mediante una presentación de lo mejor que hay en nosotros mismos al Señor. Es cierto que como criaturas caídas (Ro 3:23), y estando en medio de una creación que está bajo la marca del pecado, no hay nada en nosotros, ni en nuestras obras, ni a nuestro alrededor, que sea digno de Dios. Pero también es cierto que como redimidos al precio de la

preciosa sangre de Cristo (Ro 3:24-26), podemos vivir en santidad (Ro 6:22), y en santidad nosotros, nuestras vidas y nuestras ofrendas son agradables al Señor, y podemos esperar de él la aprobación y la calificación de «lo mejor», de lo más excelente. Pero siempre hemos de ir primero al amparo de la sangre de Cristo, para poder presentar después a Dios aquello que nos pide en conformidad a su Palabra.

Dando testimonio Dios

Abel, por la fe, cuando ofreció a Dios su sacrificio, recibió «testimonio» de parte de Dios que era justo, y también su ofrenda recibió «testimonio» de parte de Dios que era de una calidad excelente, y que por ello era aceptable.

«El justo vivirá por la fe», y ese vivir por la fe obtendrá de Dios testimonio de justicia. La palabra que se hace servir para «testimonio» habla de un acto público, un acto que es hecho a la vista de todo el mundo, no a escondidas ni en privado. Así es lo que Dios hizo, dio testimonio público a favor de Abel, y por eso su hermano se irritó tanto.

Dios también quiere testificar públicamente a tu favor y a favor mío, quiere decir a todo el mundo que somos justos, que nuestra vidas y nuestras obras son producto de una vida de confiada obediencia a Dios y a su Palabra, bajo la protección de la sangre de Cristo, y que por eso nos ama de una manera especial.

Dios quiere dar «testimonio» de nosotros y de nuestras obras, incluso después que muramos. Lo vemos claro en el caso de Abel, Dios habla de él, de la fe que evidenció, aún está muerto. Dios quiere dar testimonio de nosotros después de muertos, la cuestión ahora es si nosotros queremos o no que se dé dicho testimonio.

Abel tuvo una vida corta, y de su corta vida la Escritura únicamente registra un solo hecho, pero podemos afirmar que es poco

pero bueno. Más vale poco y bueno que mucho y malo. Nosotros no podemos alargar los límites de nuestra vida, pero podemos hacer que ésta sea de provecho. No podemos, en ocasiones, ni decidir lo que seremos ni a que nos dedicaremos, menos aún cuando se trata de establecer las tareas espirituales a las que hemos de dedicar nuestras vida, es Dios quien decide, es el Espíritu Santo quien pone a cada uno en el lugar más adecuado. Pero si podemos hacer las cosas lo mejor posible, según Dios, aquella tarea pequeña o grande, diversa o única, que el Señor nos a encargado.

Por la fe hemos de obrar, hemos de actuar, y así, por la fe, después de muertos Dios aún dará testimonio de lo que hemos sido y hecho para su gloria, y únicamente en sus fuerzas.

Edicions Cristianes Bibliques